



EL REY ANTE EL ESPEJO

ANA ROMERO

CRÓNICA DE UNA BATALLA:
Legado, asedio y política en el trono
de la reina Letizia y Felipe VI



Índice

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Introducción. La cámara real](#)

[Capítulo 1. El trono y la vida](#)

[Madrid, NYC](#)

[Los cuatro magníficos](#)

[Juego de retratos](#)

[Capítulo 2. Animal herido](#)

[Transfusión de sangre](#)

[El comandante Esteban](#)

[Los guardianes de Erasmus](#)

[Capítulo 3. El reloj de los ciervos](#)

[El día del abrigo](#)

[Las cuatro fachadas de Hildeyard](#)

[#Fakenews: de Sánchez a Rajoy](#)

[Capítulo 4. EL PESO DEL PASADO](#)

[Deus ex machina: de 1990 a 2017](#)

[Un revival de sexo y espionaje](#)

[Eaton Square](#)

[Capítulo 5. Moonlighting](#)

[Móviles en la cloaca](#)

[Un valido del siglo XXI](#)

[El Santo Grial](#)

[Capítulo 6. Nieve, tiara y caza](#)

[Título y honor](#)

[Plebeyismo y matriarcado](#)

[El verbo conjugado](#)

[Capítulo 7. Un rey en seis minutos](#)

[El monstruo de ojos verdes](#)

[Diez días de agosto](#)

[El último Bribón](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Introducción

LA CÁMARA REAL

El país, la familia, la Corona. Todo cabe en esta sala del Palacio Real donde estamos hoy, antigua cámara de la reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, la madre viuda y austríaca de Alfonso XIII. Desde aquí rigió España durante dieciséis años esta mujer abnegada y prudente, y aquí ha querido reunir su tataranieta todos los símbolos de un poder que no tiene. Felipe VI, el primer rey verdaderamente constitucional de nuestra historia, el primero que exhibe al público unos instrumentos de mando ocultos hasta 2014 en una cámara acorazada, el primero que vive pegado a una Carta Magna.

Aquí está el tesoro de la actual monarquía española, tres siglos de historia, de Felipe V a Felipe VI, diez reyes y una sola reina, Isabel: el cetro, la corona, el trono, el bastón de mando, el Toisón de Oro y todo lo relacionado con la sucesión en diecisiete días de junio de 2014 (los discursos originales de ambos reyes, la Mesa de las Esfinges sobre la que Juan Carlos I firmó su renuncia, las plumas estilográficas). Vale la pena visitar este lugar, si es posible, sin turistas ni *selfies*. En silencio, a solas, la mejor forma de experimentar la presencia física de un poder fuerte y frágil a la vez, como es el del Estado.

En el centro exacto de la estancia está la urna de cristal con el cetro —un bastón de oro y rubíes con una bola de cristal de roca que perteneció a Carlos II, el rey yermo que abrió la puerta a los Borbones— y la corona —un ejemplar bellísimo, en plata repujada, que usó Carlos III, el monarca reformista de larga nariz borbónica que quiso prohibir los toros en España—. En esta caja de cristal convertida en espejo imaginé un día la cara reflejada de Felipe VI mirando el campo de batalla que fue el inicio de su reinado. Fue así, a base de visitas a este palacio tan cerca de casa, como tomé cuerpo este libro, el segundo que escribo sobre la monarquía en España. En el primero, *Final de partida* (La Esfera de los Libros, 2015) el protagonista absoluto es Juan Carlos I, el anciano rey atrapado en una tormenta perfecta de la que sólo puede salir mediante la abdicación. Contar esa historia fue una experiencia áspera, un viaje de ida cuyo recuerdo me es ingrato: no es fácil desnudar al monarca que trajo la democracia a España tras cuarenta años de dictadura a sabiendas de que es gracias a él, en gran medida, por lo que mis hijas y yo vivimos hoy en un país avanzado y libre de Occidente.

Juan Carlos I fue «una fuerza de la naturaleza», según definición de una persona que le conoce y le quiere. Para lo bueno y para lo malo. Así vivió y así cayó, víctima de sus propias pasiones, hasta que le tocó emular al emperador

Carlos V: con cinco siglos de distancia, provocó una situación inédita en nuestro país como es la convivencia de dos reyes y dos reinas. Para colmo, a golpe de iPhones y redes sociales, muy lejos del sosiego del monasterio de Yuste.

Este segundo libro es un viaje de vuelta con un sabor menos agrio: hay esperanza en el primer esbozo de Felipe VI a pesar de las múltiples dificultades a las que se enfrenta, entre ellas un entorno periodístico viciado del que he tenido la suerte de poderme separar. El personaje central es Felipe VI, pero no está solo. Cohabita con su padre con dificultad, como pasaría en cualquier familia, máxime en la real, y además orbita en torno a media docena de mujeres. La primera y más sobresaliente, la esposa, la reina Letizia, la consorte plebeya, la madre de la heredera, la mujer en la que Felipe VI confía, un enigma que provoca sentimientos encontrados en la sociedad española: el desprecio que por ella sienten algunos españoles se remonta en la historia al que sufrieron otras reinas como María Luisa de Parma o María Cristina de Nápoles. Para lo bueno y para lo malo, como su suegro, Juan Carlos I, brilla con luz propia y una personalidad volcánica en medio de la nórdica discreción de su marido.

Letizia Ortiz Rocasolano, la primera plebeya de una dinastía española compuesta por quince reinas europeas, la periodista divorciada que a los treinta y dos años se casa, contra todo pronóstico, con un príncipe heredero cansado de vivir fracasos amorosos, un joven introvertido que lucha contra los gallos que a veces arruinan sus discursos. Una reina de sangre roja aceptada a regañadientes por los españoles. A Isabel de Farnesio, la madre de Carlos III, la apodaron «la parmesana». A la reina Sofía, «la griega». A María Cristina de Nápoles, la mujer de Fernando VII, directamente «la puta napolitana». La reina Letizia es extranjera de clase y de carácter, una mujer a la que los españoles no logran clasificar: ni reina madre como Sofía de Grecia ni reina de los corazones como Máxima de Holanda. Una reina de la moda a la que criticar según el nuevo deporte nacional.

Le falta empatía y le sobra perfeccionismo, pero exageran las voces llenas de envidia y conspiración que la convierten en una versión española de Wallis Simpson, de cuya mano vendrá la Tercera República, según algunos ecos de sobremesa. Sus defensores, menos activos que sus críticos, mantienen que juega un papel central en la consolidación de la monarquía gracias a un pasado plebeyo que ya no existe.

La madre, la reina Sofía, la más querida y respetada de la familia, convertida en matriarca defensora del castillo. La hija mayor, la princesa Leonor, una niña de doce años desconocida, como lo es también su hermana menor, la infanta Sofía, de once años. La infanta Cristina, la hermana del rey, juzgada y absuelta por un tribunal de justicia pero no por el pueblo, cuya sentencia

condenatoria la mantiene aún alejada de la familia. La hermana mayor, la infanta Elena, la figura más castiza y borbónica de esta saga, representante del plebeyismo, esa tradición tan española que se inició como reacción a las costumbres francesas de sus primeros antecesores y que hoy comparte con su padre, Juan Carlos I, en su versión más contemporánea: tacos, toros, buena mesa y chistes.

Gira esta historia en torno a una transición entre reyes obligada por la biología en medio de dos monumentales crisis políticas, una en Madrid y otra en Barcelona, ambas interrelacionadas hasta conformar un problema español único que lleva dos siglos enturbiando la convivencia. Se trata de una epopeya en tiempos modernos, la lucha de dos personas —Felipe de Borbón y Letizia Ortiz— por preservar la Corona en España y asegurarla para su hija Leonor. Hay aciertos, errores, desgarros, traiciones y drama en una corte obligada a cohabitar en una España convulsa. En algo más de tres años, Felipe VI sólo ha disfrutado de nueve meses de estabilidad política (de noviembre de 2016 a agosto de 2017). El resto transcurre en esa selva dantesca que identificó mi colega Miquel Alberola y cuyo final despunta en este libro, que quiere ser una radiografía de ese tránsito difícil.

Para hacer esa placa he observado a los protagonistas como corresponsal real, «habitual» en nuestro argot, y he entrevistado a cuantas personas he podido. Atrás queda algún viaje en autobús, con más plasma que wifi, sándwiches fríos y escoltas de inmejorable celo. Felipe VI tiene más de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg que de Borbón, y eso hace difícil analizar su «planteamiento profundo para lograr la institucionalización de la Corona al servicio de España», según su entorno de Zarzuela. Se trata de una obra en proceso de final abierto al filo de los cincuenta años, cuando ya tiene acuñada hasta moneda conmemorativa por su cumpleaños el 30 de enero de 2017.

Lo que sabemos es que está protagonizando una especie de Segunda Transición más compleja que la de su padre hace cuarenta años, y que lo hace como él es: con calma, con información, de manera calculada. En la década de los setenta del siglo pasado, monarquía y democracia eran sinónimos en un país en el que seguían existiendo los mismos «cuatro gatos» monárquicos que identificó el general Kindelán para Franco. He entrevistado a más personas que en el libro anterior, he trabajado más y más profundamente, y mi impresión es que siguen siendo cuatro los gatos monárquicos. Los juancarlistas se están tornando en felipistas, pero aún están aprendiendo. Me lo explicó el profesor Juan Francisco Fuentes: una monarquía meritocrática como la española se hace al andar. Felipe VI está en ello.

Son muy pocos los españoles que cada día se levantan soñando con la

Tercera República, como bien sabe la izquierda republicana y la derecha madrileña. El ruido está sobre todo en las redes, donde se acumulan indicios como esos que dejan los miércoles en Twitter el hashtag #República en forma de Trending Topic (TT). Felipe VI se ha enfrentado a dos referéndums ilegales en Cataluña así como a una declaración unilateral de república. ¿Llegará el día en que el resto de España se incline por votar sobre la modalidad de la jefatura del Estado? Para el profesor Fuentes, Cataluña es, sin duda, la «prueba de fuego» de esa monarquía meritocrática o juancarlista que representa Felipe VI. El debate república-monarquía que tan astutamente sorteó en 2014 Rafael Spottorno, el ideólogo de la abdicación de Juan Carlos I, puede estar más cerca de lo que pensamos. O no. Nada está escrito, y menos el futuro del trono español.

«Cuando se abra el debate república-monarquía, que se abrirá, la derecha no va a apoyarlo. La derecha no es monárquica. En España no hay monárquicos. La monarquía es un anacronismo que ha habido que tolerar porque garantizaba el famoso salto de la ley a la ley, sin revoluciones», me dice un veterano político conocedor de los corredores del poder en España y que forma parte de esa «derecha madrileña» que identifica el profesor Fuentes en su libro *Con el rey y contra el rey* (La Esfera de los Libros, 2016). Una derecha que desearía acabar con la monarquía pero que no tiene «un plan B» alcanzada la república, muy en la línea de esa «pulsión nihilista» que según Fuentes caracteriza a ese estrambótico grupo. La *alt-right* española, que incluye al veterano Antonio García-Trevijano, ya muy mayor, como principal representante.

Este libro comienza con la abdicación de Juan Carlos I el 2 de junio de 2014 y termina con el discurso de Felipe VI el 3 de octubre de 2017, su particular 3-O, lo que más ha ayudado a fijar su reinado. Un trienio que demuestra lo evidente: el futuro no está escrito en España, como tampoco lo está en el mundo. En 1870, diez de las quince mayores economías del mundo eran monarquías. Ahora sólo quedan tres entre las grandes potencias: España, Japón y el Reino Unido (sin incluir a Canadá y Australia, que pertenecen a la Commonwealth). De las tres, España es la que tiene menos arraigo entre la población, por tiempo y por origen excepcional. Su restauración data de 1975 (la japonesa, del siglo VI antes de Cristo, y la británica inamovible desde el siglo XVII) y vino de la mano de un dictador.

Para que no se cumpla la profecía del rey Farouk de Egipto —«En el mundo sólo quedarán cinco reyes, los cuatro de la baraja y el de Inglaterra»— las monarquías constitucionales occidentales están obligadas a ser democráticas, predecibles, transparentes, serviciales y hasta un punto aburridas. Al mismo tiempo, han de preservar la magia y la distancia debidas. Una fórmula imperfecta que sólo parece dominar la reina Isabel II, felizmente instalada en el trono desde

hace sesenta y cinco años. ¿Qué son los reyes? «Otra cosa», concluyen todos a los que pregunto y que saben algo de esto, como un ministro de alcurnia o un editor que lleva medio siglo pegado a Juan Carlos I.

Esa otra cosa es la hazaña que ha de protagonizar Felipe VI para cuadrar el círculo: combinar los valores republicanos de educación, igualdad, fraternidad, meritocracia, concordia y diversidad con el intrínseco sentido de la desigualdad que representa la monarquía. Según Zarzuela, la «obsesión» de Felipe VI es la educación de los más jóvenes. No en vano es apodado con sorna Preparado: es el primer rey de España licenciado en Derecho y con un máster en relaciones internacionales. Para algunos eso no basta. «A Felipe VI le falta algo de lo que a su padre le sobra», explica una persona de larga experiencia en Zarzuela, haciendo una inevitable comparación entre reyes que en más de una ocasión saldrá a relucir en este libro.

Por eso es aún Felipe VI un rey en busca de sobrenombre. El Tranquilo, el Normal, el Discreto, el Frío, el Alemán, el Último Borbón. Muchas de las personas entrevistadas para este libro se han declarado convencidas de que Felipe VI será «el mejor de los Borbones» después de Carlos III, cuyos retratos pintados por Anton Raphael Mengs se han podido ver este año no sólo en el despacho del rey, sino de nuevo en el Palacio Real, un lugar fascinante lleno de sombras, túneles e historias que Felipe VI ha querido recuperar como centro de la vida real en detrimento del palacio de El Pardo, de oscuras referencias franquistas.

Aquí, en el Palacio Real busqué más de una tarde inspiración frente al monarca cazador al que Mengs retrata de pie, cetro en mano, con un manto de seda, terciopelo y armiño que se adivina pesado. Como el manto figurado de Felipe VI, tan pesado que muchos de los entrevistados afirman que será un buen rey, pero también el último. Pocos hay ahora en España que se imaginen testigos de la proclamación de la princesa Leonor como reina. Será el último, aseguran, porque el único instrumento de trabajo y poder del que dispone es la Constitución de 1978, un texto lleno de lagunas que se ha quedado viejo para las necesidades del pueblo español del siglo XXI.

Una carta magna que le da escasas atribuciones como jefe del Estado, tan pocas que a lo largo del mes de septiembre de 2017 fueron subiendo las voces — desde la derecha sobre todo — que clamaban por una intervención más contundente del rey en el conflicto catalán. Así lo hizo, y le fue bien. El 3-O puso su *auctoritas* en forma de Corona encima de la mesa a pesar de que la Constitución del 78 le da cero capacidad política. Ostenta el mando supremo de las fuerzas armadas como capitán general de los tres ejércitos, pero la carta le condena a reinar pertrechado en ese bagaje moral que faltó precisamente al final

del reinado de su padre.

Esa antigua corte que casi destruye a la Corona en España también desfila por este libro. Aquí regresan los reyes eméritos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, casados de derecho pero separados de hecho desde hace más de cuarenta años. Iñaki Urdangarin, el único cuñado de Felipe VI, defraudador convicto. Corinna Larsen, princesa impostada de apellido prestado —Zu Sayn-Wittgenstein— que amasó una fortuna y puso a la monarquía en vilo. Marta Gayá, la primera y última compañera de vida del rey emérito.

Hay figuras más trágicas, como Carlos García Revenga, la sombra de las infantas, que lo dio todo por las hijas del rey Juan Carlos y que fue expulsado del paraíso como ejemplo de limpieza y redención a pesar de haber sido declarado inocente. O como Rafael Spottorno Díaz-Caro, el hombre que salvó la vida y el trono de Juan Carlos I, relegado al ostracismo tras ser condenado por el uso inadecuado de una tarjeta de crédito.

En el universo shakespeariano que son todas las historias reales abundan también los ambiciosos, los faltos de escrúpulos, los que sólo buscan su propio interés y hasta los traidores. Como Javier López-Madrid, que no estuvo a la altura de ser un válido contemporáneo. O como David Rocasolano, el primo escritor, y Jaime del Burgo, el amigo-cuñado-enemigo. Y el gran truhan de los *power brokers* de Madrid, resentido y revuelto contra la Corona, el muñidor de escándalos y filtraciones 24/7: el comisario José Manuel Villarejo, *Pepe* para los amigos.

No puede haber un rey sin consejeros. En torno a Felipe y Letizia hay un sanedrín, masculino, conservador, poco conocido por los españoles. Son cinco, y llevan toda la vida en Zarzuela. Son los hombres del rey (y de la reina). Jaime Alfonsín, abogado del Estado, gallego, discreto. Domingo Martínez Palomo, guardia civil, sevillano, cerebro gris de la Casa. José Manuel de Zuleta, duque de Abrantes, oficial y caballero, jerezano, la sombra de la reina Letizia. Jordi Gutiérrez, periodista-dandi descendiente del poeta romántico García Gutiérrez, catalán, tan silente como Alfonsín. Alfredo Martínez, diplomático, asturiano, el hombre del protocolo, que parece ideado por la mismísima Nancy Mitford (*Don't tell Alfred*).

«No hay improvisación en los actos del rey y de la Casa», es el mantra de este sanedrín protector. Pero sí hay mucho miedo a meter la pata. Recién llegado a la primera línea de batalla en junio de 2014, Alfonsín se lo confió así a un amigo: «Estábamos muertos». Discreto a morir, fácilmente sonrojable, el Javier Arígora de algún sueño, se empeñó en que la proclamación de Felipe VI fuera de bajo perfil, nunca en domingo para no dar alas a los manifestantes republicanos.

Final de partida fue un retrato al óleo de un mundo que se despedía. *El rey*

ante el espejo son siete acuarelas independientes con un hilo conductor: el principio de salida, la apertura de un rey joven y vigoroso dispuesto a mantener el puesto por el que esperó desde niño. «Pero si todavía no ha pasado nada», me dijo Pablo Iglesias cuando le pedí hablar para este libro hace ya casi un año. Tenía razón, entonces, y la sigue teniendo ahora si por ese «nada» entendemos grandes escándalos como los que casi provocan la caída de la monarquía. Pero ha pasado mucho, de todo y por su orden. Si no, que le pregunten al propio Felipe VI, encanecido y envejecido en estos tres años hasta alcanzar una prestancia de la que carecía en 2014. Muchos comparan la crisis de Cataluña a un larguísimo 23-F.

Claro que han pasado cosas. Y tantas. En 2014 y 2015 tuvo que limpiar la Corona hasta el punto de romper con su hermana Cristina, la que más cerca estuvo siempre de él, y retirarle el título de duquesa de Palma. En 2016 se enfrentó al año político más complicado de la democracia español con diez meses de bloqueo sin Gobierno. En 2017 estalló a lo grande la crisis catalana que heredó aderezada además con un trasfondo de terrorismo yihadista. En medio hay conspiraciones como las ha habido siempre, y las habrá, en la villa y corte de Madrid. ¿Quién da más? ¿Cuánto queda para que las estrellas se alineen y el nuevo rey pueda disfrutar de un año —sólo uno— de tranquilidad?

Su biografía, excepcionalmente normal, hacía prever otra cosa. Nació en España y aquí ha vivido el medio siglo que tiene. Llegó al trono a muy buena edad, años antes de lo previsto por la impericia final de su padre. Tuvo tiempo para reflexionar largo y tendido sobre el modelo de monarquía que quiere imponer, sereno y cercano. Pero el momento nunca llega y los peligros no acaban en Cataluña. El sentimiento republicano anida en el corazón de un centenar de los trescientos cincuenta diputados del Parlamento. Las redes sociales —la nueva ágora del siglo XXI— son bombas dispuestas a estallar en minutos, y de hecho lo hacen, por todo y por nada: los mensajes *compi yogui* de la reina Letizia, los gustos cinematográficos de la princesa Leonor o las comidas de Juan Carlos I con amigos como el contador de chistes Arévalo. Un caldo de cultivo *millennial* e inhóspito en el que Felipe VI intenta abrirse camino en un mundo que bascula entre los tuits de Trump y las machadas de Putin. Entre sobresaltos, logra hacer viajes de Estado (Japón, Reino Unido y pronto Cuba), que él considera lo mejor de su reinado.

La realidad es dura y hay que pelearla a diario. Desde 2011, la monarquía arrastra un suspenso (4,34) aunque menor que el que dejó Juan Carlos I (3,72 en 2013). Todas las encuestas antes del conflicto catalán indican que los españoles están satisfechos con la labor de Felipe VI, pero esa mayoría del 60 por ciento no incluye a los más jóvenes, auténtico campo de batalla del nuevo rey. Cualquiera

gran error bastaría para hacer bascular la opinión de los españoles y de esos «cuatro gatos» monárquicos.

Este libro ha sido casi más difícil de redactar que el anterior porque he mirado más dentro. Hace ocho años que puse una antena en la Casa Real, primero con Juan Carlos I y ahora con Felipe VI. Para investigar y escribir ahora he intentado aplicar la máxima de un amigo querido: «Que puedas volver cada noche a tu casa y mirar a tus hijas a los ojos».

Palacio Real, Madrid, otoño de 2017

manos que jamás publicará», explican fuentes conocedoras de esta gran leyenda de la almendra central de Madrid que, de vez en cuando, sobre todo en los picos de actuación de las cloacas, vuelve a salir a la palestra.

El peso de la historia acabó engullendo al extraño Jaime del Burgo, condenado por sus ancestros carlistas a acabar mal con los Borbones, unos «liberales usurpadores» según su entorno, ante los que ellos juraron «no doblar nunca la cerviz». Ello, a pesar de que el exdiputado popular Jaime Ignacio del Burgo y su mujer, Blanca Azpíroz, se declaran «fervientes admiradores» de Juan Carlos I.

El Santo Grial

Desde la época de la discoteca Babels el excomisario encarcelado ha dedicado cuarenta y tres años a atesorar información sobre la familia real pero nunca ha conseguido encontrar el Santo Grial: ese objeto legendario de poderes extraordinarios en forma de cuenta en el extranjero con las supuestas comisiones atesoradas por Juan Carlos I a lo largo de sus casi cuatro décadas de reinado. Sus esfuerzos se redoblan a partir del otoño de 2012, cuando estalla la operación Emperador —de blanqueo de capitales del empresario Gao Ping— en la que son investigados el comisario Carlos Salamanca (hoy en prisión con Villarejo) y Villarejo *Junior*, el hijo mayor del expolicía, que fue detenido y puesto en libertad dos días después.

A partir de aquí comienza el enfrentamiento a muerte de Villarejo con el CNI y por extensión con su director, el general Sanz Roldán, al que culpa de todas sus desgracias. Según Villarejo, agentes del CNI intentaron inculpar a su hijo en el caso Emperador simplemente para atacarlo a él. Villarejo *Jr.*, según la versión de su padre, tenía un negocio de ambientadores para retretes públicos y el excomisario trató de ayudarlo y que se los trajeran más baratos de China. Ésta es, según Villarejo padre, la única vinculación de su hijo con la supuesta trama china.

Tanto el comisario Salamanca, hoy en prisión acusado de los mismos delitos de cohecho, blanqueo y organización criminal que Villarejo, como el hijo mayor del expolicía fueron desimputados, pero el excomisario ya no cejó en su particular guerra contra el CNI. En septiembre de 2017, perdió la querrela que presentó contra el general y también contra Javier Ayuso, el periodista de *El País* que más ha contribuido a sacarlo del armario junto a Patricia López, de *Público*.

Pero volviendo al caso Emperador, pocos meses después, en febrero de 2013, Corinna le pone en bandeja a Villarejo alimentar el fuego de su venganza contra el CNI. Apenas tres semanas después de la entrevista de la germano-

danesa en *El Mundo*, el 15 de marzo de 2013, uno de sus periodistas infiltrados publica en una revista la siguiente información: «Identidad operativa. Son las palabras clave para entender cómo se han pagado los trabajos, gastos y viajes de la princesa Corinna zu Sayn-Wittgenstein, la amiga del rey. Agentes de los servicios de inteligencia disponen de DNI con nombres falsos para investigar, por ejemplo, el pago de un rescate a piratas o una venta de armas a ETA. Esa documentación, falsa pero legal, se utilizó para abrir dos cuentas en sendos bancos suizos. Allí se enviaron las comisiones millonarias que empresas españolas beneficiarias de grandes contratos por el mundo hicieron llegar a la princesa alemana».

Así, sin más. En una entrevista para la elaboración de este libro, Alberto Garzón (IU) me explicó que él retomó el trabajo de Cayo Lara en las investigaciones sobre las actividades económicas del rey Juan Carlos. Me dijo que cuenta para ello con sus «propias fuentes de información», pero también me reconoció haberse apoyado en informaciones como ésta. Cuatro días después, el director del CNI compareció ante la Comisión de Secretos Oficiales para dar explicaciones sobre la relación de Corinna con el Estado español. Y ese mismo día, el 20 de marzo, IU registra dos preguntas ante la mesa del Congreso, una sobre las actividades comerciales de Juan Carlos I y otra sobre la relación de la germano-danesa con el bróker Arturo Fasana.

Este banquero de origen italiano fue el que abrió, el 22 de febrero de 1995, en el Credit Suisse, la cuenta Soleado (número 776.929-6) para gestionar unos 15.000 millones de euros de medio centenar de VIPs españoles. En 2009, Fasana fue detenido en Barajas por la policía española como contable de Correa después de que su nombre —Fafa— apareciera en la caja fuerte de uno de los detenidos en la trama Gürtel. Ese año declaró ante la justicia y también lo ha hecho en mayo de 2017. La justicia española ha bloqueado la cuenta Soleado en su persecución judicial a Correa, que sigue siendo uno de los cuatro nombres conocidos como titulares de esa cuenta ómnibus. Pero quedan cuarenta y ocho desconocidos. Una hoja en blanco que el excomisario Villarejo se dispuso a rellenar a su antojo.

En junio de 2013, otro de sus periodistas infiltrados publicó en un digital que Corinna utilizaba un avión privado contratado desde Ginebra por Fasana, que pagaba 300.000 euros por cada uno de los desplazamientos. Como muchas de las intoxicaciones de Villarejo, la información no va acompañada de ningún tipo de prueba, como tampoco lo hace la que afirma que el chófer de Correa, Andrés Bernabé, recogió a Fasana en una ocasión en La Zarzuela. Fasana se querelló contra el periodista y el medio.

Durante su trabajo en Cataluña, por el que el Gobierno lo condecora,

Villarejo se siente fuerte. El 21 de diciembre de 2014, escribe una nueva nota informativa en su condición de policía. Tiene sólo cuatro líneas en condicional en la que sobran dos comas: «Algunos responsables del CNI negociarían con el propio Pujol ayudarle a cambio de que no revelara las relaciones de altas personalidades del Estado español, con la cuenta SOLEADO, manejada por Arturo Fasana». Traducción: el viejo Pujol no va a la cárcel porque los espías han negociado con él que no desvele que Juan Carlos I es uno de los titulares de la famosa cuenta.

La nota va a morir casi tres años después, el lunes 30 de enero de 2017, en la portada de *El Mundo*: «Un sector de la policía implica al rey Juan Carlos en el caso Pujol». El juez José de la Mata ha incorporado la nota de Villarejo a la causa contra los Pujol y por eso el diario le dedica la portada. La decisión del juez queda en nada, y el escrito de Villarejo vuelve a demostrarse sin valor alguno. El sector policial en cuestión es pura y simplemente el excomisario, que lleva años repitiendo sin pruebas que Fasana era bróker del rey Juan Carlos en Suiza. En los últimos tiempos, su versión ha girado siempre en torno a la misma idea: el CNI puso la infraestructura necesaria en forma de identidades operativas para que Corinna y Juan Carlos pudiesen lucrarse. Nunca aportó pruebas y cambió esta versión a diestro y siniestro. Sin embargo, algunos periodistas no tuvieron empacho en publicarlo.

La nota informativa en la que vincula al rey Juan Carlos con la cuenta Soleado y la corrupción en Cataluña forma parte de otras cuatro elaboradas entre el 1 de julio de 2014 y el 20 de enero de 2015. O como la famosa que dio lugar al informe PISA incriminando a Podemos o las dos elaboradas sobre sus supuestos encuentros con Corinna a cuenta de las supuestas amenazas del general Sanz Roldán.

En estos escritos emplea su *modus operandi* habitual. Él las escribe, él es el único que sabe cuáles son las fuentes de información (si es que las hay) y luego acude a un notario de Madrid —en el caso de estas cuatro notas, Manuel Senante Romero— para que levante acta de su existencia y dé fe de su decisión de ponerse «a disposición de las autoridades andorranas y españolas para colaborar si así fuera requerido para ello».

Es fácil hacer notas informativas cuando los demás callan. Por ejemplo Fasana, un septuagenario italiano y políglota, antiguo ejecutivo de Credit Suisse que en 1984 se alió con un colega del banco, Marcel Hagger, para formar una compañía propia —Rhône Gestion—, especializada en gestión de fondos para clientes hispanos (España y Latinoamérica). En 2006 falleció su socio, que fue sustituido por su hijo Bertrand, a los que, unos años después, se unieron los hijos de Arturo, Yannick y Gregory. Según fuentes conocedoras de la boutique

financiera, la entrada de los hijos —dos de los cuales no tienen carrera universitaria— diluyó el espíritu inicial de los fundadores.

En dos ocasiones he intentado, sin éxito, hablar con el gestor helvético durante la redacción de este libro. Las sospechas y suposiciones sobre la identidad de los clientes españoles continúan, lo que da pábulo a personajes de dudosa fiabilidad como Villarejo o Correa a tratar de unir los puntos. En septiembre de 2014, el pequeño Nicolás entregó una grabación al juez en la que Javier de la Rosa, ante el que se estaba haciendo pasar por enviado del Gobierno, también citaba al rey Juan Carlos como poseedor de 300 millones de euros en Soleado.

En su declaración de octubre de 2016, Correa, el presunto cabecilla de la Gürtel, afirmó: «Creo que no voy a decir más en esta sala porque entonces sería una revolución, abriríamos mañana, o esta tarde, todos los periódicos».

Pero las informaciones tienen consecuencias, aunque sean falsas. En marzo de 2017, Garzón, el líder de los ocho diputados de Izquierda Unida, los únicos cien por cien republicanos y pro referéndum monarquía-república, como demuestran las banderas tricolores en sus despachos, planteó las siguientes preguntas al Ejecutivo en el Congreso de los Diputados: «¿Puede afirmar el Gobierno que ningún miembro de la Casa Real tiene recursos en el extranjero y en particular en paraísos fiscales? ¿Cree el Gobierno justificado investigar el patrimonio de la familia real?».

De todo este sensacional entramado, y de mucho más, he hablado con el excomisario en varias ocasiones, incluido un largo almuerzo en la pequeña bodega de uno de mis restaurantes preferidos del viejo Madrid. Otra vez volvió a hablarme de su contacto con Corinna «a través de amiguetes comunes» y de «las amenazas» del general Sanz Roldán. De nuevo los apodos; hasta yo misma lo tengo, *My Girl*, mientras el general Sanz Roldán ha pasado de ser *el Troll* a convertirse en *el Generalísimo*. De nuevo las diferentes y disparatadas versiones, que ahora incluyen un «trocito» de grabación que el servicio secreto británico realizó del encuentro del general con Corinna.

¿Y cómo obtuvo Villarejo ese «trocito» de cinta? Porque el MI6, el servicio secreto exterior del Reino Unido, ignoró la petición del general Sanz Roldán de «blindar» la *suite* del Connaught y, además de grabar subrepticamente la conversación, le dio una copia a Corinna, que por supuesto se la entregó a Villarejo, «por si le pasa algo». La cinta forma parte de un tesoro que le ha dado Corinna repleto de «identidades operativas, cuentas bancarias y operaciones de tráfico de armas» contenido en «cajas negras repletas de documentos» que ella logró sacar de Mónaco mientras los «cecilios» subcontractados por el CNI se quedaban en tierra con las manos vacías. Esta versión también cambió y los

agentes del CNI de Mónaco se convirtieron más tarde en mercenarios subcontratados por Ayuso. Claro que «la parte nuclear» de esa documentación no pudieron llevársela. Y, de nuevo, uno de sus periodistas consiguió publicar «sólo un poquito».

Todo aderezado de «cecilios», «picoletos», «troncos», «chungos», descalificaciones y ordinariieces. Una realidad que supera a la ficción en pleno centro de Madrid, un escenario absurdo transformado súbitamente en una mala copia de la serie *Homeland*. Con cierta gracia, si no fuera por la amenaza con la que acaba, imagino con la esperanza de que yo la transmita al general Sanz Roldán: «Yo miraría detrás de mí cuando me jubile».

Ésta no es la versión final. Vendrían más. La última de las últimas, Corinna sufre «problemas tremendos» y tiene «una enfermedad jodida» por los problemas que le ha causado el general. La persona que los puso en contacto («No te voy a decir quién es») lo recomienda como «abogado» porque ella está «acojonada». «Me reúno con ella y le explico el tema. Ella quiere perfil bajo. Yo le digo que voy a transmitir que dejen de darle la lata. Cuando le pegan un apretón me vuelve a avisar. Pero Corinna nunca ha sido un problema, ni para el emérito ni para el Estado. Ella no quiere denunciar a ese *zumbao* que dice que tiene la gran responsabilidad del Estado sobre sus hombros» (el general Sanz Roldán). «Él, un funcionario como yo. Si él tres estrellas, yo trescientas. Este idiota quiere convertir mi vida en un infierno. Mi mujer está imputada, se ha metido en mis bancos, en mis clientes del despacho de abogados. A partir de ahora, ha llegado el momento de decir la verdad. Évole [el programa de La Sexta de junio de 2017] es sólo el principio.

»Todo es todo. Daré las cuentas corrientes con las que ha engañado al emérito. No voy a estar nunca más callado. El emérito fue fundamental en la historia de España, un pilar fundamental de nuestra estructura. Yo no voy a chantajear. Serán delincuentes los que dicen que yo chantajeo. Si fue uno de ellos, hace treinta años, Perote, el que filtró [el espía traidor acusado de filtrar las grabaciones ilegales del entonces CESID del rey Juan Carlos entre otros personajes]».

Así acaba esta historia sórdida en la que me vi metida para escribir ¡de la familia real! Todos los caminos en torno a la supuesta fortuna oculta de Juan Carlos I llevan al mismo sitio: Villarejo y sus periodistas. Hay algunos personajes aún más estrambóticos, como el veterano republicano Antonio García-Trevijano, que ha puesto en marcha su propio canal de televisión en internet, mcr.es, Libertad Constituyente. El 30 de enero de 2017, el octogenario exnotario completa el trabajo de Villarejo describiendo el cuadro apocalíptico de una España en la que todo va mal porque gobierna una oligarquía corrupta

tutelada por el «traidor» Juan Carlos I.

En febrero de 2014, Rafael Spottorno se adelantó a todo esto y comenzó a abrir las cuentas de La Zarzuela. Ese mes se publica por primera vez el presupuesto anual de casi ocho millones de euros que recibe al año. El gesto no es suficiente, y el nuevo rey continúa la labor en el verano de 2014 con una auditoría anual. El patrimonio personal de la familia real se sigue desconociendo, pero en la nueva Zarzuela saben que el único camino por el que pueden transitar es el del control absoluto del dinero público.

Un profesor belga de finanzas, Herman Matthijs, de la Universidad de Bruselas, ha llevado a cabo posiblemente el único intento serio de controlar el dinero de Zarzuela. Su conclusión está cuajada de sentido común: la familia real española vive gratis y el salario que perciben sus cuatro miembros adultos va directo a sus ahorros. El rey recibe casi ocho millones de euros para mantener su Casa y pagar a la veintena de altos directivos que lo rodea. Pero nada se sabe del dinero que destinan los ministerios de Interior, Defensa, Exteriores y Presidencia para sufragar la seguridad, los viajes, los sueldos de los casi doscientos empleados de Zarzuela, el mantenimiento de casas, palacios y monasterios que pertenecen a Patrimonio Nacional, pero que también usa la familia real, como es el caso de Marivent. La lógica indica que el coste total debe de ser similar al de la monarquía británica, unos sesenta millones de euros anuales, pero el Estado español a pesar de la ley de Transparencia no ofrece esa información.

Aun así, en estos momentos, Zarzuela está convencida de que las medidas introducidas por Felipe son suficientes. La Casa Real es la tercera institución más transparente de España. La información sobre el patrimonio personal de sus miembros tendrá que esperar. La de Juan Carlos I, a pesar de los intentos del excomisario Villarejo, quizá no se conozca nunca. «¿Alguien se imagina al rey Juan Carlos amasando dinero de cara a la jubilación? Una cosa es ayudar a alguien a enriquecerse, como fue el caso con Corinna, y otra tener que asegurarse su futuro. Tiene todo lo quiere: barcos, aviones, casas, fincas. Todo se lo proporcionan sus amigos, los que tiene por todo el mundo, que no son precisamente pobres», explica una persona conocedora del modo de vida de Juan Carlos I antes y después de su relación con la germano-danesa.

Tras el fallecimiento de don Juan en 1993, Juan Carlos I cerró la cuenta que tenía en Suiza y según fuentes oficiales nunca más ha tenido cuenta fuera de España. Otra cosa es que la disfrutaran otros. En estos momentos, no hay ninguna posibilidad de que los miembros de la familia real que aparecen en la página web de Zarzuela (los reyes eméritos, los reyes Felipe y Letizia y las dos menores) tengan dinero fuera de España sin declarar, según fuentes oficiales.

Capítulo 7

UN REY EN SEIS MINUTOS

—Es responsabilidad de los legítimos poderes del Estado asegurar el orden constitucional... y el normal funcionamiento de las instituciones, la vigencia del Estado de derecho y el autogobierno de Cataluña, basado en la Constitución y en su Estatuto de Autonomía.

Martes, 3 de octubre de 2017. Palacio de La Zarzuela. Última hora de la tarde. Han pasado más de tres años y vuelven las cámaras, los institucionales, la maquilladora y la expectación al despacho del monarca, donde todo sigue más o menos igual menos el cuadro de Carlos III. El ambiente, sin embargo, es otro. Nada que ver con el día de la abdicación, quizá más pesado y sombrío: faltan el padre, las bromas, los abrazos y hasta el joven rey debutante de voz quebrada que llegó tarde y con *jet lag* porque venía de América. Hoy, la escena la ocupa Felipe VI, el único rey, que está a punto de dar el discurso de su vida, seis minutos y setenta y cinco palabras que marcarán el resto de su reinado y cuyas consecuencias serán estudiadas por los historiadores en años por venir.

Constitución, ley, unidad, Cataluña. He aquí la cuarta y última decisión que toma él solo para avanzar en la selva oscura por la que transita desde hace cuarenta meses. Para Zarzuela, el punto de inflexión, el *breaking point* del reinado. Lo que dice, y cómo lo dice, sorprende a defensores y críticos. Por el tono, por la contundencia, por la severidad. Se dirige a cámara un rey con canas, casi irritado, con las manos crispadas, en movimiento, el ceño fruncido, algunas palabras remarcadas —«inadmisible», «orgullosos»— y una chaqueta negra a juego con la atmósfera de «extrema gravedad» que denuncia. Dos banderas, un portátil, el famoso cuadro del borbónico antecesor, la mesa, el asiento, todo ofrece un plano corto y asfixiante como el mes de octubre caluroso que vive Madrid, envenenado de polución y de política como nunca antes. La única concesión a la alegría es el rojo sangre de su corbata, una continuación visual de su estandarte bermellón imperial, símbolo de su poder residual.

Sabe, desde que el Parlamento catalán aprobó las leyes de desconexión con el resto del país, que tendrá que dirigirse a la nación, que esto es lo más grave a lo que se ha enfrentado todo lo que él representa. Pasa el mes de septiembre hablando con el presidente del Gobierno a diario, a veces más de una vez al día. La presión es grande. De todos, también del Ejército. Pero en su entorno insisten en que la decisión de salir a la palestra es sólo suya, que no le mueve nadie salvo su voz interior. «He jurado bandera dos veces», llega a decir para explicar la

firmeza de su actuación ese 3-O, ese día que ya ha pasado a la historia de nuestro país.

Lleva un mes recibiendo a todo tipo de personas en su despacho. Apenas sale de palacio. Habla por teléfono. Empresarios, militares, creadores de opinión, banqueros, políticos. Todos coinciden. También el sanedrín de la Casa. Si permite que en Barcelona se proclame la república, ¿cuánto tiempo tardará en llegar a Madrid? Peligran España como nación y la Corona como institución. Tiene que salir y ha de hacerlo sin dejar el más mínimo espacio a la duda, sin rama de olivo. La cuestión es elegir el momento propicio.

El día determinante, el que da el pistoletazo de salida al discurso inevitable es el domingo 1 de octubre, que empieza temprano, a las nueve de la mañana, con las imágenes de las cargas policiales en Barcelona. El rey se lleva las manos a la cabeza en Zarzuela, donde las está viendo. Hay referéndum, hay urnas, hay policías y hay una enorme sensación de desasosiego y tristeza por todo el país, no sólo en Cataluña. Hay también estupefacción y enfado. Asimismo hay llamadas desde fuera de España. Peor, imposible. Zarzuela lleva haciendo un seguimiento diario, con constantes actualizaciones de la situación en Cataluña desde los atentados terroristas del 17 de agosto. Veinticuatro horas, siete días a la semana. El despacho del rey es un constante entrar y salir, mucho más ese domingo 1.

Pero ese día no cabe su alocución. Tiene que hablar el presidente del Gobierno. Así lo acuerdan. Tampoco el lunes 2, el día después, que es también la hora de los políticos: Rajoy se reúne con Pedro Sánchez y con Albert Rivera, y observa grietas en el PSOE. El martes 3 sí es el día, y hay que coger el *slot* con rapidez porque los acontecimientos se suceden vertiginosos. En Zarzuela son conscientes de que los españoles se sienten perdidos, sin brújula, preguntándose en vista de todo lo que está sucediendo en Cataluña quién está al frente y en control. Ésa es la idea que quiere transmitir el rey: estoy aquí, velando por ustedes, y aquí no va a pasar nada. Al día siguiente, miércoles 4 de octubre, se espera que Carles Puigdemont declare la independencia. Entonces sería ya tarde. Lo deciden en la Casa tan rápido que ese martes 3 el equipo de RTVE llega apenas con el tiempo justo para grabar a última hora de la tarde.

Todo, la redacción del mensaje, la elección de las palabras, se hace a dos manos con el Gobierno, pero es el rey el que toma la iniciativa del cuándo, según fuentes de su entorno. Desde Moncloa no se oponen, pero dudan: algunos están convencidos de que el rey se precipita. Con su padre consulta poco. Las espadas están en alto desde el verano y Juan Carlos I purga aún internamente el desatino de su arrebato el 28 de junio en el Congreso y las fotos con Arévalo y con Marta Gayá. Nadie les dijo que la cohabitación sería fácil, menos aún la de un padre

volcánico y un hijo de carácter prusiano.

«El rey tiene carácter —remarcan en su entorno de Zarzuela—. Lo ha demostrado desde el principio del reinado, y ésta ha sido la prueba definitiva». También fue él, insisten, quien decidió personalmente acudir a la manifestación antiterrorista de Barcelona el sábado 26 de agosto, cuando fue abucheado y acusado de participar en la venta de armas a Arabia Saudí. El Gobierno tuvo claro desde el principio que debía ir, según las múltiples conversaciones que mantuvieron Jaime Alfonsín y Soraya Sáenz de Santamaría. Más tarde, en septiembre y octubre, cuando la situación se agrava hasta la DUI del 27-O, el rey y el presidente hablan directamente prescindiendo incluso de sus más estrechos colaboradores.

La crisis catalana, que estalla con el aperitivo yihadista del 17 de agosto, retrotrae al rey al año 2016: se congela la agenda y se cancelan viajes, como el de la Asamblea General de Naciones Unidas en Nueva York o el de Marruecos. Esta vez sí, se trata de la mayor crisis política y constitucional de España desde la Transición. Según su entorno, apenas sale de Zarzuela, y se relaja haciendo deporte y cenando fuera, a veces, con la reina Letizia. Su vida se limita a las reuniones y el teléfono. El paradigma social, político, económico y generacional de España, que empezó a quebrarse en 2011, entra en alerta roja en el otoño de 2017 en Cataluña.

Decisiones como remodelar su Casa, quitarle el título a su hermana y no borbonear durante el bloqueo político se antojan ahora como un juego de niños. Ahora es cuando tiene que aplicar toda la frialdad, el cálculo y el juicio con el que en su día impuso a la familia y a la nación su matrimonio con una periodista divorciada de fuerte carácter. A pesar de la dificultad, él lo tiene claro desde primeros de septiembre, cuando comprueba que el choque de trenes Barcelona-Madrid es inevitable. «Él se lo cree, se cree su condición de rey de España, de garante de la unidad de la patria, de rey constitucionalista defensor de la democracia y las leyes», insisten en su entorno. «No se puede dialogar con el que se ha saltado un semáforo. Primero hay que multarlo, y después sentarse a hablar con él de por qué lo ha hecho».

Así, las expresiones que usa en el discurso son contundentes, desafiantes incluso, reflejo del convencimiento absoluto que tiene de que el Estado ha de imponerse en Cataluña. «Inaceptable intento de apropiación», «deslealtad», «se han situado al margen del derecho y de la democracia», «hay vías constitucionales para defender sus ideas con el respeto a la ley», «saldremos adelante porque creemos en nuestro país y nos sentimos orgullosos de lo que somos», «firme compromiso de la Corona con la Constitución y con la democracia, mi entrega al entendimiento y a la concordia de los españoles y mi

compromiso como rey a la unidad y a la permanencia de España». Ni una mención a los heridos del 1-O.

He aquí pues esa crisis que se decía necesaria para cuajar su reinado, esa especie de 23-F revisitado. He aquí su apuesta más arriesgada: la Corona sobre la mesa en su partida más audaz. El profesor Fuentes lo ve así: «El problema catalán es la prueba de fuego de la monarquía meritocrática que representa Felipe VI. Su papel es muy difícil porque no tiene una capacidad de intervención activa como la tuvo su padre en el 23-F. Juan Carlos I puso sobre la mesa sus credenciales como jefe supremo de las fuerzas armadas, paró el golpe y se dirigió a la nación para contarlo. Felipe VI no tiene una baza tan clara que jugar porque no tiene un poder concreto que aplicar. La medida del éxito vendrá dada si Cataluña no se independiza durante su reinado. El 23-F tuvo lugar durante unas horas en una sola noche, pero la crisis catalana ya existía cuando Felipe VI llegó al trono y no sabemos cuándo ni cómo acabará».

Ese 3 de octubre de 2017 Felipe VI tiene que elegir, y en esa monarquía meritocrática que representa, lo hace por los que le apoyan, que no son monárquicos sino constitucionalistas. Durante la redacción de este libro me lo explicaron con detalle Albert Rivera (Cs) y Rafael Hernando (PP), ambos de la misma generación que el rey y ambos representantes de los dos partidos que más abiertamente defienden a la Corona. Rivera se define como «de principios republicanos pero constitucionalista». Esto es, acepta la monarquía porque viene en el paquete de la Constitución de 1978. Si el rey no funciona, se cambia. De la misma forma, Hernando, el portavoz popular, se ve a sí mismo como «monárquico constitucionalista», de modo que si el rey no cumple la Constitución, para él no hay monarquía que valga.

Sin monárquicos en España, el rey sólo puede ponerse al lado de los constitucionalistas. Hizo el único discurso que podía y debía hacer. Por eso no hubo puentes con los catalanes independentistas ni con la izquierda emergente en el resto de España. Entre los alienados están también nacionalistas vascos y navarros, pero a ellos los da por excluidos. Felipe VI se posiciona junto a la mayoría en España y rompe con el encantamiento que ejerció durante las consultas de 2016. Desde Cataluña, son muchas las voces, no sólo independentistas, que consideran perdido el territorio para el rey: «Se acabó Felipe VI en Cataluña». Las encuestas preliminares indican que el 60 por ciento aprobó el discurso en España y sólo el 30 por ciento en Cataluña. Antes de llegar al trono, desde la Fundación Príncipe de Girona (ahora Princesa de Girona), ha intentado hacerse un lugar en el corazón de los catalanes. Acude cada año, da premios, pone Girona en el mapa. Poco después del discurso, dos antiguos premiados, Romain Quidant (2011) y Bernat Ollé (2015), devuelven los

galardones, con los diez mil euros y las esculturas. Es un gesto.

Esa misma noche, al poco de terminar de hablar el rey, quise saber qué pensaba Pablo Iglesias. «Cada vez es más obvio que la república es uno de los pocos caminos que puede seguir España para estar unida con otro pacto territorial y social», me contestó el líder de Podemos, cuyo *juego de tronos* inicial con Felipe VI empezó a resquebrajarse a finales de 2016 y se acabó, quizá para siempre, tras el discurso del 3-O. A pesar de las buenas vibraciones iniciales, Felipe VI nunca pudo hacer con Iglesias como su padre con Santiago Carrillo cuarenta años antes, y lo que ocurrió el 3-O fue una ruptura inevitable. Lo explican así en su entorno: «Juan Carlos I y Carrillo pudieron intercambiarse cromos. Carrillo aceptó la bandera y el rey lo dejó volver a España. A Iglesias, un comunista bolivariano antisistema no hay nada que ofrecerle».

A partir del 3-O, Iglesias empieza a hablar públicamente de «bloque monárquico» y de «partidos dinásticos» para referirse a PP, PSOE y Cs hasta llegar a la aplicación del artículo 155 en Cataluña. El 30 de octubre, Zarzuela confirma lo que lleva observando desde el principio, a pesar de los regalos y las sonrisas, y comprueba cómo Iglesias, por fin, adopta el lenguaje de Alberto Garzón. Ocurre en el Círculo de Bellas Artes en Madrid e Iglesias es aplaudido a rabiar: «Quiero preguntar al ciudadano Felipe de Borbón: ¿aceptaría usted que la ley se aplicase con todo el rigor a su cuñado? ¿Y a su hermana? ¿Y a su padre? Señor Felipe de Borbón, ¿aceptaría someterse a la ley como el resto de los españoles? Señor Borbón, para hablar de la ley hay que someterse a ella». Ese día Zarzuela supo que siempre había leído bien los discursos, los libros, los documentos de Podemos: eventualmente, harán campaña por un referéndum que conduzca a la tercera república en España.

En dos años, Iglesias ha evolucionado hacia un republicanismo activo que él justifica como consecuencia del «perfil conservador» del rey y de su alineación con las «fuerzas autoritarias». Para el rey, con Iglesias hay poco que hacer. La fórmula a aplicar con él se asemeja a la única válida en Cataluña: la paciente y orteguiana conllevancia. Como Carles Puigdemont, el propio Iglesias acabará cavando la tumba de su propio destino político. Tras el 3-O, el primero en criticarlo en las redes es Pablo Iglesias: «No en mi nombre». Le sigue el ideólogo de Podemos, Juan Carlos Monedero, que dedica al rey un artículo titulado «Caminito de Estoril» en *Público*: «Felipe VI ha decidido echarse en brazos del partido más corrupto de Europa y responsable del desaguado en el que estamos. Durante los días del asalto al palacio de la Bastilla, Luis XVI, aburrido, escribió en su diario: “Nada, nada, nada”. Un problema no pequeño de los reyes es que se terminan creyendo que son reyes. Y se olvidan de que la gente puede consentir con un reinado solamente si entiende que sirve para algo.

Ha cometido un terrible error y no debe descartar que los españoles decidamos, como ocurrió en el siglo XIX con Isabel II y en el siglo XX con Alfonso XIII, prescindir de sus servicios e invitarle a buscar residencia fuera del palacio de La Zarzuela».

Para algunos, esta reacción de Podemos era la esperada y además es marginal. Pero lo cierto es que, por primera vez desde 1975, el rey no cuenta con el consenso de todos los partidos. Por primera vez desde la Transición, el jefe del Estado no es «el rey de todos los españoles». El discurso del 3-O entroniza a Felipe VI en las redes sociales como el jefe del «régimen del 78». Así, en la entrevista que mantuvimos en primavera, Xavier Domènech, líder de En Comú Podem, me dijo que él veía aún muy lejano el debate entre monarquía y república y que él abogaba por la reforma y no por la ruptura. Sin embargo, tras el 3-O, reaccionó así en Twitter: «Un jefe del Estado que nadie votó apoyando sin fisuras al PP. Fin de la monarquía».

Hasta entonces, el único líder político ardientemente republicano en España había sido Alberto Garzón, que me habló así en la entrevista para este libro: «Yo soy un revolucionario. Nunca tiro la toalla. No me importa su vida privada. Sólo quiero que deje de ser rey». Pero detrás de estas palabras había entonces una aceptación personal del monarca «informado y prudente». El 3-O rompió ese hechizo, y esa misma noche Garzón describió como «antipático» el comportamiento del rey: «Conozco personalmente al jefe de Estado. He conversado con él en varias ocasiones y sé que piensa las cosas antes de hablar. Hoy, sin embargo, me temo que le han asesorado sus enemigos. El ciudadano Felipe de Borbón está preparando el terreno para una intervención durísima contra Catalunya por parte del Gobierno más corrupto de toda la Unión Europea». No sabe Garzón que Felipe VI no ha necesitado asesoramiento alguno, la decisión ha salido de él.

Meses antes del 3-O, Felipe VI es consciente de la deriva antimonárquica de la formación de Pablo Iglesias. Un republicanismo que se aparta de otro más moderado, como el que representa el nacionalista valenciano Joan Baldoví, de Compromís, que me dijo durante la elaboración de este libro: «No conviene adelantarse a los tiempos. De momento hay monarquía para largo». O el socialista y nacionalista canario Pedro Quevedo en otra entrevista: «No creo en el boato ni en el componente casi mágico que acompaña a la monarquía. Políticamente, la gente tiene que elegir a quien les representa. Ahora bien, la monarquía no es mi adversario. Ahora mismo hay una monarquía constitucional que no impide el desarrollo del país. Con todos los problemas que tenemos, el referéndum monarquía-república no es una prioridad».

Ese pragmatismo monárquico lleva a Nueva Canarias, la formación de

Quevedo, que votó en contra de la abdicación de Juan Carlos I, a apoyar sin pagas el presupuesto de 7,82 millones de euros de 2017 de la Casa del Rey junto a PP, PSOE, Cs, PNV y Coalición Canaria. Lo hacen el 31 de mayo de 2017, y el rey sigue de cerca la votación en el Congreso, donde toma nota del voto en contra de Unidos Podemos, ERC, PDeCAT, Compromís y EH Bildu, que pretenden —sin éxito— sustituir este presupuesto por un salario similar al del presidente del Gobierno (setenta y nueve mil setecientos setenta y seis euros anuales, sin pagas extraordinarias) y que sus miembros —los cuatro reyes— estén obligados a presentar declaraciones de bienes y actividades.

El rey es muy consciente también de las encendidas palabras de Iglesias en agradecimiento a Joan Tardà (ERC) durante la moción de censura al Gobierno el 13 de junio de 2017: «Compañero Joan, me emocionan tus palabras. Es un orgullo aspirar a ser presidente del Gobierno con el apoyo de vuestro grupo con el espíritu republicano, el espíritu de res pública, eso que no comprenden esos que siempre han identificado Estado con monarquía».

Iglesias añade ese día, cuatro meses antes del discurso sobre Cataluña, que «la sangre azul envenena el cuerpo del Estado» y subraya que «los Borbones fueron capaces de muchas cosas, pero no de imponer una sola lengua, una sola cultura o una sola institución». La portavoz de Podemos, Irene Montero, menciona la cuenta de don Juan en Suiza y se refiere a López Madrid como el «*compí yogui* de las relaciones reales». Dos meses más tarde, a la recepción de verano en la Almudaina no asisten ni Podemos ni MÉS. Todo esto explica por qué Felipe VI no habló con Pablo Iglesias, el líder del tercer partido político en España, durante toda la crisis catalana. El rey opta por los suyos, los constitucionalistas mayoritarios. A los otros ni los tiene ni los tendrá, de momento.

Otro caso muy diferente es el de Pedro Sánchez, con el que el rey sí habla durante la crisis de otoño. Lo había recibido en verano durante casi tres horas tras su resurrección política al frente del PSOE, pero entonces no sospechó que su papel sería tan relevante. El entorno de Sánchez da mucha importancia a su relación con el rey, con el que se lleva bien. Según el nuevo PSOE, Sánchez ha hecho cosas muy importantes para el Estado que representa Felipe VI: evitar el *sorpasso* de Podemos en junio de 2016 y preservar así la posición del PSOE como espina dorsal del sistema bipartidista; parar a Miquel Iceta en su apoyo al derecho de autodeterminación antes del referéndum y aceptar la nominación del rey a pesar de no tener suficientes diputados para salir adelante. Por último, y a pesar del rechazo que sintió por la intervención policial del 1-O, sumarse al bando constitucionalista y mayoritario tras el discurso del monarca, aunque esto le haga parecer aliado de Rajoy y no del Estado, como los nuevos socialistas no

se cansan de repetir.

El 12 de octubre, día de la fiesta nacional, el universo político español al completo, excepto Iglesias, acude a palacio a rendir homenaje al rey. Hasta el expresidente del Gobierno, Felipe González, y una larga lista de dirigentes socialistas que no querían a Sánchez. Pero el revivido líder del PSOE, sin corbata, renueva ese día en palacio sus credenciales de estadista. El líder del PSOE mira a Felipe VI de frente, consciente de que su papel ha sido decisivo en la forja de ese nuevo monarca que en el otoño de 2017 demuestra que es capaz de defender, con uñas y dientes, la Corona que ha heredado de Felipe V.

A lo largo de tres años, ha recibido muchos nombres. El rey tranquilo, el rey paciente, el rey normal, el rey prudente. Nadie lo ha llamado aún el rey férreo, decidido a romper con la tradición familiar de renuncia al trono. Lo hicieron su bisabuelo, su abuelo y su padre. No será su caso. Ésa es la impresión que muchos sacan ese día en palacio, donde se bate el récord de asistencia. Felipe VI está dispuesto a luchar, y cómo.

Menos Iglesias, en palacio parecen caber todos. No hay en España crítica alguna al discurso del rey, sino todo lo contrario. Hay que acudir a la prensa extranjera para encontrar algún tipo de censura a Felipe VI por no darle un varapalo al Gobierno en su poca atinada actuación del 1-O: diez mil policías enviados a enfrentarse a un referéndum ilegal que el Ejecutivo no pudo o no quiso evitar. Algunos medios subrayan tímidamente que el rey «actuó como un presidente del Gobierno, no como un jefe del Estado» y que «se olvidó de su papel de árbitro y mediador» (*Times*). «¿Está España al borde de la implosión?» (*Le Monde*). En España, el veterano comentarista Iñaki Gabilondo lo dice claramente: «El rey, con sus palabras, se jugó ayer noche la Corona».

Habló Felipe VI esa noche para su público en España y funcionó. A pesar de dominar el catalán, no pronunció una sola palabra en ese idioma. Veinticinco cadenas de televisión, doce millones y medio de espectadores (cinco más que en su último mensaje de Navidad), Trending Topic con varios *hashtags* y mucha sorna pero sin ese desprecio que afloró en los días previos al 3-O. Con un humor que denota casi alivio: «Y yo sin gambas en casa». «Mi mayor miedo ahora mismo es que mi cuñado lea que hoy habla el rey, piense que es Nochebuena y se presente a cenar». Atrás quedaron los días de Juan Carlos I, cuando sólo opinaban de él, y bien, los líderes políticos. En Twitter, más que en palacio, caben todos, desde Xavier Albiol, el líder del PP catalán, hasta Julian Assange, el fundador de Wikileaks tornado defensor de la causa independentista catalana.

«¡Grande el rey! Gracias por defendernos», escribe Albiol, al que vota un 8 por ciento de la población catalana, mientras Assange repara en un desafortunado detalle: el bastón de mando de Carlos III que sobresale junto a la

cabeza de Felipe VI parece una porra como las que ha usado la policía en Cataluña. Los tuiteros destacan además que es el mismo Carlos III cuya pragmática de 1768 prohíbe la enseñanza y la edición de libros en catalán, de forma que este idioma desaparece de toda la documentación oficial, civil y eclesiástica.

Pelillos a la mar. En Zarzuela están convencidos del acierto. Un mes más tarde, cuando la reina Letizia acude sola a Valencia a una entrega de premios, la mención al rey hace poner al público de pie y aplaudir. En la Casa están pletóricos. Durante tres años, su objetivo principal ha sido no cometer errores. Ahora el rey ha hecho valer su *auctoritas* y el gesto ha funcionado, al menos mayoritariamente. Hay que pasear por Twitter para encontrar a la izquierda más joven y tecnológica que acusa al rey de «fascista», de «pepero» y de «echar más gasolina al fuego». El 3-O parece haber puesto en juego ese vínculo afectivo que consiguió crear con todos los españoles quizá por ese «aire desvalido, de cierta sumisión» que el profesor Fuentes observó en él sobre todo al principio del reinado. Una dulzura que los monárquicos más recalcitrantes rechazan y que acrecienta sus críticas de que está sometido al criterio de la reina Letizia.

Pase lo que pase en el futuro, Felipe VI se ha arriesgado a despertar el republicanismo durmiente en España porque estima que el precio de vivir con esa minoría en contra no es demasiado alto. Como el Gobierno del PP, cree que el problema catalán se puede «conllevar» a la manera orteguiana. Basta con recuperar la educación y los medios de comunicación, principales artífices de ese «adoctrinamiento» que, según los partidos constitucionalistas, está detrás del independentismo exacerbado de los últimos años.

La apuesta incluye riesgos. Las encuestas demuestran que los españoles siguen diferenciando entre la monarquía, a la que todavía suspende, y su titular, al que ven con buenos ojos sobre todo los votantes del PP y sobre todo después del 3-O. Pero cuando llegó al trono, también los que se decantaron por Unidos Podemos tenían un concepto positivo de Felipe VI. Más de la mitad lo consideraban bueno (42,9 por ciento) o muy bueno (10,4 por ciento) [*El Mundo*, junio de 2015]. Sólo minoritarios votantes de Izquierda Unida se mostraban abiertamente en contra.

El resto de la izquierda española tenía de él una visión amable, como una especie de «hipster de Malasaña» según ironía de un columnista conservador. El propio Felipe VI jugó esa carta un poco al principio de su reinado porque le convenía para distanciarse de su padre, según personas que le conocen bien y atienden sus peticiones de consulta. Algunos atribuyen esa «contaminación» inicial del concepto de la monarquía a la reina Letizia. Otros insisten en que Felipe VI es un hombre frío, y que si lo hizo fue porque pensó que le favorecía a

él y en ningún caso por seguir los consejos de su mujer. Es más, mantienen fuentes cercanas del rey, incluso si ya se hubiera dado cuenta de que su matrimonio con Letizia Ortiz ha sido un error, jamás se enfrentaría públicamente a ella y sólo se divorciaría «cuando la situación esté madura y la separación no ponga en peligro a la institución».

Efectivamente, el 3-O supone un punto de inflexión. Los críticos orbitan muy claramente en torno a Podemos, como Henar Ortiz, la tía de la reina Letizia. Pero hasta llegar a ese día fueron los columnistas conservadores los que empujaron al rey a ejercer su *auctoritas*. El clamor en redes se forma en cuarenta y ocho horas y el mismo 3 de octubre se convierte en atronador. Son mensajes despectivos contra el rey «ausente», el rey «escondido», el rey «desaparecido». Especialmente populares son dos de ellos, en la misma tarde del discurso, que se anuncia a las seis y media, cuando se está grabando. En el primero se busca a un hombre con estas características: «Mediana edad. Jefe del Estado. Mediador de conflictos. Unificador de España. Se le suele ver en: entregas de premios, inauguraciones y barcos». En el segundo aparece, sin texto, el rey de la baraja escondido detrás de una carta por la que asoma la cabeza.

La presión conservadora comienza el jueves 28 de septiembre con un artículo de Victoria Prego, la periodista de la Transición que ahora escribe en el digital *El Independiente*, donde desvela que el Gobierno estudia que el rey se dirija a la nación. Escribe Prego: «Que esa mera posibilidad esté siendo contemplada por el Gobierno nos da una idea de la inmensa gravedad de lo que está sucediendo ahora mismo en España. Si el rey habla a la nación querrá decir que nuestro país se encuentra ya en estado absoluto de emergencia. Significará también que el Estado no habrá conseguido salir victorioso de este desafío enloquecido».

El día del referéndum y las cargas policiales uno de los artículos más leídos lleva precisamente la firma del veterano republicano Antonio García-Trevijano, que en *El Confidencial* se define como «el único español con autoridad moral para decirle la verdad» a Felipe VI por sus relaciones «muy intensas» con su abuelo y con su padre antes de que él naciera. Lo que escribe lo piensan muchos en el PP y a la derecha de ese partido: «Es en esa lealtad que me reconocía su abuelo que me permito decirle en esta hora crucial de nuestra historia, donde un grupo de sediciosos a los que durante años nadie ha hecho frente, que con un aplastamiento total de los derechos más elementales de los catalanes no separatistas, sin fuerza militar, ni razón jurídica, ni histórica que los sustente, mientras ignoran la Constitución y la ley, y aplastan impunemente los derechos humanos más elementales de los catalanes no nacionalistas, no puede, señor, permanecer en silencio. Sé que el jefe de la Casa Real, Jaime Alfonsín, y el

presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, cuya ignorancia es sólo superada por su cobardía sin límites, le han convencido de que su obligación constitucional de “arbitrar y moderar” es un mandato que sólo cabe interpretar en privado y nunca en público, una interpretación delirante y que si la historia política sirve de guía, sin duda le costará la Corona, porque ante un golpe de Estado público y abierto, su obligación constitucional inexcusable es explicar en público al pueblo español qué medidas piensa tomar para cortar de raíz el golpe de Estado, y qué medidas piensa tomar para evitar su repetición. Y, en su defecto, que aborte el referéndum de independencia convocado en Cataluña presidiendo una manifestación civil en Barcelona y que vaya sin escolta militar, si no lo hace, dejará de ser rey de España y no le queda más salida que la que mostró su bisabuelo Alfonso XIII en Cartagena».

No está sólo García-Trevijano. Escribe Fernando Rayón en *La Razón*: «Don Juan Carlos se fajó en aquel golpe. Entonces se ganó su prestigio. Hoy a don Felipe le toca pasar por el mismo trance. Los retos esta vez parecen más, pero, de nuevo, sigue teniendo a la ley y a la mayoría de españoles y catalanes de su parte». Jesús Cacho en *Vozpópuli*: «La suerte está echada. En este envite, señor, se juega usted el trono». Y el tuit de Alfonso Ussía, demoledor porque este columnista de *La Razón* es hijo del conde de los Gaitanes, albacea de don Juan: «O el rey habla como hizo don Juan Carlos I el 23-F o puede pasar a la historia como Felipe VI el Quieto».

Durante los días previos al discurso, las redes lo ridiculizan a izquierda y derecha por igual. Los españoles manejan tres artículos de la Constitución como expertos, como hicieron con el 99 durante el bloqueo político de 2016. Ahora son el 56.1: «El rey es el jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia, arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones, asume la más alta representación del Estado español en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica, y ejerce las funciones que le atribuyen expresamente la Constitución y las leyes». El 61.1: «El rey, al ser proclamado ante las Cortes Generales, prestará juramento de desempeñar fielmente sus funciones, guardar y hacer guardar la Constitución y las leyes». Y el 62: «Corresponde al rey el mando supremo de las fuerzas armadas».

Tres artículos arrojados a la cara del monarca en las redes con sarcasmo incluso en foros de guardias civiles y de militares. Hasta el golpista sentenciado Antonio Tejero se siente autorizado a expresar su opinión a través de una carta en *La Gaceta* que se viraliza en WhatsApp. Tejero, de ochenta y cinco años, critica a Felipe VI porque «debió de haber tomado alguna resolución para que se ejercieran medidas más coercitivas» y aprovecha para defender el 23-F «como contragolpe» al golpe de Armada, de Juan Carlos I «y los partidos políticos,

sobre todo el socialista y comunista».

La historia pesa como una piedra en este singular mes de octubre de 2017. Se suceden los aniversarios. La declaración del Estado catalán (6-O, 1934). El fusilamiento de Lluís Companys (15-O, 1940). La boda de los Reyes Católicos (18-O, 1469). Hasta el testamento de Carlos II el Hechizado el mismo 3-O, cuando Felipe VI pronuncia su discurso: se cumplen trescientos diecisiete años del testamento del último Habsburgo, el hombre cuya incapacidad para tener hijos abrió la puerta a los Borbones en España a través del duque de Anjou, futuro Felipe V. Algunos, los más viejos, intentan comparar el 3-O de Felipe VI con el 23-F de Juan Carlos I.

La Historia, la exasperante historia de España que afortunadamente no se repite por mucho que se compare el 23-F con el 3-O. En Zarzuela tienen claro que esto es infinitamente más complicado que el 23-F. Los más parecido entre ambos, que ocurrieron en martes. El 23 de febrero de 1981, a las una y trece de la madrugada, Juan Carlos I, cuarenta y tres años, los seis últimos en el trono, anuncia el fin de un pronunciamiento militar que mantiene secuestrado al Gobierno en el Congreso pero que no tiene apoyo alguno entre la población. El 3 de octubre de 2017, a las nueve de la noche, Felipe VI, cuarenta y nueve años, los tres últimos como rey, denuncia el comportamiento desleal de algunos catalanes, pide a los «poderes legítimos» del Estado que lo paren y señala a la Constitución de 1978 como única vía para solucionar un problema que nadie sabe cuánto tiempo tardará en solventarse.

La Historia de España, con mayúscula, sale a desfilas este otoño de 2017 con todo su esplendor y envuelve a Felipe VI. La derecha lo critica por su silencio previo al 3-O. La izquierda, por el pecado original que arrastra del dedo franquista y que sólo puede purgar en forma de referéndum. Ello, a pesar de que Felipe VI ha hecho ya en tres ocasiones algo que Juan Carlos I nunca hizo: definir los cuarenta años de Franco como «dictadura» (septiembre de 2014 ante la ONU; mayo de 2017 en el sesenta aniversario de la agencia Europa Press; y el 28 de junio de 2017 en el Congreso, durante la celebración del cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas).

Una medida insuficiente para escapar de esa legitimidad «franquista sobrevenida» de la que lo acusa Monedero. Algunos, como el escritor Javier Cercas, plantean una solución: pedir perdón por los crímenes del franquismo y participar en una ceremonia simbólica como hizo en París el 3 de junio de 2015, cuando inauguró el parque dedicado a la Nueve, la columna integrada por españoles comunistas y anarquistas que en 1944 actuaron de avanzadilla en la liberación de París de los nazis. Ese momento aún no ha llegado.

La Historia de España, tan pesada sobre los hombros de Felipe VI,

condiciona los seis minutos y las setenta y cinco palabras más importantes de su reinado.

El monstruo de ojos verdes

Miércoles, 28 de junio de 2017, mediodía. Juan Carlos I ve la tele en el Cuarto Azul. Ahí está su hijo, el rey, en el Congreso de los Diputados para conmemorar el cuarenta aniversario de las primeras elecciones democráticas en España. Su nuera, la reina Letizia, hierática en rojo, mirada y músculos de hierro. El viejo rey se fija en un grupo de mayores entre tanto diputado joven que él no conoce. Son Felipe González, Javier Solana, Miguel Herrero de Miñón, José Pedro Pérez-Llorca, Miquel Roca, Rodolfo Martín Villa. Todos los que hicieron con él la gesta que hoy se celebra. No está seguro, pero cree ver también a Lola Ruiz Sergueyeva, ¡la nieta de la Pasionaria! Hasta ahí llegó.

Suena el móvil, su desahogo, su cordón umbilical con el mundo, el objeto que tantas veces le ha jugado una mala pasada, como lo hará también en esta ocasión al final de una cadena de despropósitos. Llama a su amiga Susanna Griso, la presentadora de televisión, y comenta con ella su decepción, su tristeza por no estar en un sitio donde él es el protagonista principal y en el que están todos menos él. Se muestra muy enfadado a pesar de que la noche anterior ha estado solo con su hijo repasando el discurso, según fuentes de Zarzuela. Felipe VI volvió a insistirle por si cambiaba de opinión y prefería ir al Congreso.

Pero todo eso lo olvida por la mañana cuando ve en la televisión lo que se está perdiendo. Poco después de hablar con Griso, en su iPhone entra este mensaje del empresario Pedro Trapote, con cuñado de Felipe González, dueño de una de las discotecas preferidas de su nieto Felipe (Froilán), un buen amigo con el que ha pasado gran parte de la feria de San Isidro invitado en su casa ajardinada de Aranjuez.

—¿No cree su majestad que no invitarle a la conmemoración de la democracia es como no invitar a Napoleón a la conmemoración de la batalla de Austerlitz?

No lo duda un segundo y contesta:

—Sí, desde luego.

No sabe Juan Carlos I que Griso, apesadumbrada, comparte su llamada con Raúl del Pozo, el columnista del que hemos hablado en más de una ocasión en este libro, un viejo periodista con oficio. Del Pozo envía ese mensaje a Trapote, quien se lo reenvía al rey emérito. Su contenido se convierte en portada en *El Mundo* después de un día en el que la mayoría de los medios han recogido, de una manera u otra, el malestar expresado por Juan Carlos I. «Tuvo un ataque de